

CAPITULO XXIII.

Si la Astrología aprovecha algo para desautorizar la Providencia.

Es común á todos los rebeldes el reconocer á todos los Señores de mejor gana que al propio: de donde por derribar á éste del solio, no temerán substituir un Nerón. Mirad, pues, si los Ateístas son rebeldes solemnes. Para que no sea Dios quien los gobierne con su Providencia, como á hombres racionales, llegan á soñar un hado allá sobre las estrellas, que los gobierne como á brutos.

Es verdad que no todos proceden con igual paso; pues algunos mas cautos en el hablar, si no mas religiosos en el creer, protestan que no señalan á los Planetas la parte de señores en el gran teatro de las variedades humanas, sino la de embaxadores. Con todo eso éstos tambien, aunque ménos ímpios, no por eso ménos vanos, se deben revolver en la misma ruina, precipitándolos por mano de la razon de aquel Cielo, que con sus predicciones infaman tanto, como le habian infamado los Poetas con sus locuras.

Bien conozco á cuánto riesgo me expongo, batallando á cara descubierta con este género de personas engañadotas, pero amadas: *Con un género de hombres engañoso para los que esperan, que siempre se prohibirá, y siempre se conservará* (1). Es el ingenio humano tan apeteedor de antever lo futuro, que no se avergonzó en los siglos mas antiguos de mendigar los anuncios de ridiculísimas observaciones, tanto, que el garrir de las aves, el baylar de los pollos, el pasar de los puercos, y otros no ménos vanos agüeros valian mas en Roma para acelerar las determinaciones,

(1) *Tueit. Hist. lib. 2.*

ó para suspenderlas, que los votos de los Senadores. Y hoy no hay entre nosotros quien tiene por infausto el tropezar en la puerta de casa, el encontrar con tal perro, el escuchar una lechiza, ó el estar en tal lista de convidados? No es maravilla, pues, que logren los Astrólogos el conseguir por el comercio de los astros, que tanto alaban, aquella credulidad que alcanzaban los aruspices por los intestinos de los carneros enteros ó castrados, que abrian para este fin; y la que muchas viejecillas alcanzan hoy por medio de otras supersticiones mas ridículas, y mas fallidas que andan en vuelta. Tanto mas que los Astrólogos, para adelantar su partido, se visten como políticos, y prometiendo, así al público, como al privado, con la prévision de los males, un provecho inexplicable, qual es el de repararlos, hacen que el contradecirles, parezca oponerse á la humana felicidad: y no contentos con esto, adornan sus pronósticos de voces tan preñadas, y tan peregrinas, que aunque no las entienden quando las pronuncian, hacen sin embargo, que quede la gente atónita, como perlas sacadas de los retretes mas ignorados de la sabiduría: *Orosopo, medio Cielo, aspectos, direcciones, dignidades, exáltaciones, tránsitos, triplicidades, erecciones, cabeza de dragon, cola del dragon, combustiones, estrellas que ven, mas no oyen, estrellas que oyen, mas no ven, conjunciones magnas, revoluciones magnas, cascas celestes, rayos felices, retrogradaciones funestas, grados lucidos y tenebrosos*, y otras de este mismo jaez, misteriosas todas, segun dicen; y sin embargo no mas en sí, que pelotones tanto mas vacíos de verdad, quanto mas hinchados de sonido. Es, pues, materia muy difícil el disputar en pocas hojas contra éstos, que con solos unos vocablos inauditos hacen que corra detras de ellos la gente loca.

Basteme, sin embargo, ó Lector, que te contentes con estar en el fiel, sin inclinarte con el afecto

Parte I.

Bb

mas

mas á un lado, que á otro; y yo confio en el peso de las razones, que en breve espacio por tí mismo, sin que te empujen, á despreciar como mentira un embeleco que anda entre muchos con pasaporte de ciencia, y á abominarla como á traidora; pues en vez de aprovechar á la República, como falsamente promete, perturba á la República, y á la Religion, dando en la leche de una verdad imaginaria mil venenos de errores, tanto mas nocivos para el mundo, quanto ménos sospechosos, y mas deleytables.

Mas ántes de pasar adelante, es menester que me explique bien; y por eso, así como yo no quiero por mi enemigo, á quien no es enemigo de la Religion, así es bien que se sepa, que yo aquí no pretendo salir al campo contra la Astrología natural, que es la que por los aspectos de los Cielos predice las nubes, las lluvias, las sequedades, y las cosechas, ya cortas, ya abundantes á los agricultores. Esta, á decir lo que se debe, es mas conjetura, que arte. Porque si hubiera hombres verdaderamente inteligentes de estas cosas, á qué precio no los pagarán los Monarcas? Si Felipe II., Rey de España, quando estaba dispuesto para poner en el mar aquella formidable armada que envió contra Inglaterra, hubiera tenido pronto un Astrólogo en su Corté, que le predixese aquella horrorosa borrasca que tanto se la maltrató, qué recompensa no le hubiera dado? Y así, quanto pagarán los Príncipes de todos grados, el tener quien les avisase con seguridad las hambres, los contagios, los terremotos, y los otros infortunios, que previstos, se pudieran evitar oportunamente, ó por lo ménos debilitar? Y sin embargo, vemos todos los dias que no los tienen. Luego es señal de que no hay tal ciencia; y si la hay, es de comedia, mas no de cátedra. Sin embargo, porque no tira á herir la providencia, no es razon emplear las saetas contra una fiera doméstica, escapándose en el interin las silvestres. La que no se pue-

puede sufrir es la audacia de los Genetliacos, que no haciendo caso de dar la buena ventura á los campos, á los árboles, á los animales (de lo qual no pueden sacar logro alguno), se la dan á los hombres, con predecirles la vida, ya larga, ya corta, y los sucesos, ya prósperos, ya adversos; queriendo, que como los Egipcios esperaban del Nilo, y no del Cielo su fertilidad, así nosotros aguardemos del Cielo, y no del Hacedor del Cielo nuestra suerte. Pretendo, pues, mostrar, que toda la arte de esta profesion soberbia es, si bien se repara, soñar con arte. Y veís aquí sobre esto mi proposición llana.

La Astrología judiciaria es una invencion fundada en el ayre, sin razon alguna, y sin experiencia suficiente para sustentarla. Comencemos por la razon.

CAPITULO XXIV.

La Astrología judiciaria no tiene razon sobre qué se funde.

Si los Genetliacos han de conocer por las estrellas algun poco de los sucesos futuros, ó libres ó casuales, es necesario, que las estrellas sean ó sus señales ó sus causas, no teniendo otras voces con que manifestarlos. Mas las estrellas no son, ni causas, ni señales de tales sucesos. Luego es manifesto, que los Genetliacos no pueden por las estrellas conocer nada de los sucesos futuros, ó libres ó casuales, ni aun de léjos. Toda la dificultad se les reduce á mostrar, qué es verdadera la proposición menor: no pudiendo controvertir la mayor mas, que quien no la entiende. Mostrámosla, pues, quitando ántes á las estrellas la virtud, que se les atribuye de signos, pues la gozan contra razon.

en sup. (col. 112) en el punto de la línea obliqua
dentro del punto. §. I. En la parte superior

Y aquí pregunto. Si son signos de las variedades humanas, qué signos son? Signos naturales, como lo es el Iris de la serenidad, o signos por el consentimiento, como lo son la trompeta y el tambor de la batalla? Naturales no son, porque si lo fueran, no pudiera dexar de suceder todo lo que significan. Y veis aquí quitada, en tal caso, la contingencia, y con la contingencia el libre albedrio (pues para el hombre fuera lo mismo el evitar, lo que de él dicen los Cielos, que el quitarles á los Cielos sus cursos). Veis aquí al hombre ya no hombre, mas bruto y bruto, guiado con freno de oro, mas por eso mas fuerte: de donde puede un potro esperar romper aquel cordel que le priva de la libertad, mas no lo puede esperar un mortal nacido para el mundo: veis aquí el destino funesto: veis aquí el diamante fatal: veis aquí echadas por el suelo todas las leyes mas venerables como ineptas: y veis aquí á la Justicia caído de una mano el peso que tiene en ella; y de la otra la espada: el peso, como inútil, para pesar los méritos que procedieron de la fuerza; la espada, como inútil, para castigar los delitos. Es, pues, clarísimo para quien conserva aun un centella de discurso, que las estrellas no pueden ser señales naturales de los sucesos humanos. Y si no lo son, qué duda hay, de que no se les pueden decir, ni en confianza, á los Astrologos, por mas que éstos se jacten; de que lo saben tan por menor?

Serán, pues, signos impuestos por la institucion libre: de suerte, que aquel Dios que anteve las cosas, ántes que sucedan, haya producido á los Planetas con tan hermosa arte, que éstos con huirse, con encontrarse, con cruzarse, y con moverse de tantos modos, formen una historia de la vida de cada uno, en aquel vasto Cielo, que por eso extendió su Ma-

ges-

ges-

ges-

gestad como piel: *Extendiendo el Cielo á manera de pergamino* (1). Así las estrellas no inducen alguna necesidad, mas son meros intérpretes de lo futuro, como lo son los Profetas: de donde para saber lo que dicen, basta entenderlos.

Esta respuesta no puede, en primer lugar, servir para los Ateistas, porque le niegan á Dios el cuidado de las cosas. Tampoco les puede ser de provecho á aquellos que le admiten; porque, si las estrellas son señales instituidas por la Providencia Divina, para hacer anteveer, así nuestro bien, como nuestro mal, cómo no nos convida Dios á una escuela tan venerable de prudencia, exhortándonos á leer en aquel libro suyo continuamente, ó á buscar quien le lea por nosotros, si no le entendemos? Antes no hace otra cosa, que retirarnos de este estudio, haciendo risa de él. A quien esperaba mucho de las estrellas (y fué Babilonia), le dixo su Magestad: *Vengan, y saliente los agoreros del Cielo, que contemplaban las estrellas, y computaban los meses, para anunciar por ellos las cosas que te habian de suceder* (2). Y á quien temia (y era Jerusalem), le dixo: *No tengais miedo de los signos del Cielo, que temen los Gentiles* (3). Pues, si por aviso del mismo Dios no nos habemos de gobernar por esos signos, ni para esperar el bien, ni para temer el mal, qué signos son? Lo cierto es, que no son signos que instituyó su Magestad para significarnos esto, mas signos, que fingieron los hombres por su gusto: de donde, qué nos queda á nosotros que hacer de aquellos libros, que nos declaran esos signos? Nos queda echarlos en el fuego. Así lo hicieron aquellos Gentiles, que en Efeso convirtió el Apostol, y así lo habemos de hacer nosotros: *Muchos de aquellos que habian seguido las vanas curiosidades traxeron los libros, y los quemaron delante de todos*.

(1) Psal. 103. 2. (2) Isai. 47. 13. (3) Jer. 10. 2.

dos (1). Y que aquellos fueron libros de Astrología, lo testifica S. Agustín (2). El haber, pues, extendido Dios al Cielo á manera de piel, fué solo para denotarnos, que lo habia extendido con tanta facilidad, con quanta solemos nosotros tender un pabellon. Pero si es pabellon, es menester que alguno nos le levante, para querer entrar con respeto.

Y valga la verdad, si estuviera descrita de este modo en el Cielo la historia de lo que ha de suceder, como lo afirman tales Astrólogos, quien de ellos pudiera aspirar jamas á entenderla sin Dios, que le pusiese como en la mano la llave de tan grande cifra? Pudiera por ventura el Infierno darle esta llave? Mas cómo se la pudiera dar el Infierno, si no la tienen seguramente, ni aun para sí, aquellos espíritus? De aquí es, que en los antiguos oráculos tan famosos de Delfos, de Dodon, de Delos, tenían los demonios por uso el dar respuestas tan artificiosas, y tan ambiguas, que servian igualmente para qualquier suceso: *Irás, volverás, no morirás en la guerra*. Para qué labraban éstos, como espejitos, á muchas caras, si las verdades contingentes estan escritas en los Cielos con caracteres tan claros? No tienen los demonios en el ingenio mas fuertes alas, que el Astrólogo Sumo? Ahora, pues, cómo no podían subir tan alto para leer aquellas letras de cerca, y exponerlas despues con gloria mucho mayor á la vista de los que las mirasen, en un espejo clarísimo de palabras sinceras y sencillas? Si no lo hicieron; luego es señal de que no lo podian hacer: y esto supuesto, es preciso decir, que al futuro accidental y arbitrario no lo ha registrado Dios en aquellas inmensas hojas. Y quando quisieran violentar á la razon para creer que está allí, no lo ha registrado de modo, que lo puedan leer algunos ojos criados, si Dios no lo descubre. Mas con quien

(1) *Actor. 19. 19.* (2) *In Psalm. 61. Bellar. in Psalm. 103. 2.*

hizo esto jamas, si antes vedó qualquiera especie de agüero, declarando, que sus intentos son desvanecerlos á todos: *Yo soy el Señor que hago irritas las señales de los adivinos* (1). Por ventura escribió Dios estas cosas en el Cielo para los Angeles del Empíreo, á quien las puede mostrar tanto mejor en sí mismo, quando quisiere?

Pero los movimientos de los aspectos celestiales nos dan con claridad á entender, que no las escribió. Porque estos movimientos son iguales, uniformes y reguladísimos, como movimientos ordenados por la naturaleza: siendo los sucesos humanos como dependientes de la libertad, irregulares, totalmente diferentes entre sí, y totalmente desemejantes. Cómo, pues, es posible que á estos sucesos los signifiquen aquellos movimientos, si aquellos, y estos son como dos líneas, que no tienen medida comun? No la tienen en la calidad ahora insinuada; no la tienen en el número: siendo los movimientos de los aspectos celestiales de número cierto en sí mismos, y los sucesos humanos siempre posibles mas y mas sin fin; de donde aquellos movimientos pudieran, quando mas, significar algunas universalidades, correspondientes al número, que ellos tuvieran por su naturaleza, mas no pudieran descender á mil individualidades particulares y precisas, que no tienen fin.

§. II.

Y veis aquí quitado á las estrellas el que sean signos de los sucesos futuros, de que se ha hablado. Mas ni aun son causas, ni pueden serlo: que es la otra parte que queda que probar. Y lo primero es cierto, que no son causas necesitantes: de otra manera topáramos de repente en el escollo que deshonramos arriba, como muy infame, qual es, que el albedrio, que

(1) *Isai. 44. 25.*

reconocen en el hombre todos los Teólogos, todos los Filósofos, todos los Médicos, todos los Jurisconsultos, y aun todos los pueblos á una voz, por señor de sí, sea encerrado en prisiones. Y verdaderamente estará mas que nunca en prisiones, si se le señala una causa necesaria, de que dependa. Y puntualmente lo fueran tales las estrellas, que á manera de todos los otros agentes naturales, estan constantemente determinadas para los mismos cursos: *Toda acción de la naturaleza se termina á alguna unidad* (1). Asi cesará toda consideración, todo consejo, toda elección de medios, toda política, toda prudencia; y aun cesarán todas las virtudes entre los hombres, y todos los vicios: pues no se le debiera á un hombre piadoso mayor alabanza, que la que merece el yerro quando se dexa tirar del Polo, amigo de su calamita (2); ni á un hombre impío se le debiera mayor oprobrio, que el que merece el mismo yerro, quando dexa que le eche lejos el polo averso de la misma calamita.

Mas, si conforme hemos ya visto, Dios es el Arquitecto de este todo, llamado mundo, cómo puede haber dispuesto su Magestad las partes tan mal, que la naturaleza inferior, qual es la material, rija á la superior, qual es la intelectiva? Qué aquella que es ciega, guie á la que ve? Qué aquella que es insensata, gobierne á la racional? Todo dominio natural se funda en la excelencia de la naturaleza, dice Aristóteles (3): que por eso el hombre naturalmente manda á la muger, porque dentro de la misma especie es un individuo mas perfecto que ella; y por eso mucho mas domina tambien á los animales, los castiga residentes, y los sujeta rebeldes; porque es mucho mas perfecto que ellos aun en la especie. Pues

(1) S. Thom. 1. p. 4. 96. art. 1. in cor. (2) Iman. (3) Lib. 3. de Anima, text. 57.

cómo han de dominar los Cielos nuestras mentes, si quanto nos son superiores en sitio, tanto nos son inferiores en dignidad? Si sus combinaciones ó sus contiendas son la causa de nuestras operaciones, será menester que se desordene el todo, volviendo á su antiguo caos; pues las substancias perfectas son tiranizadas de las imperfectas, las espirituales de las corporales, las simples de las compuestas; y en una palabra, el hombre, que es el fin del universo, es sometido á la naturaleza, incapaz del bien propio (1).

Y nótese, que se dice que es fin, porque si el hombre estuviera sujeto á las estrellas, que en él obran: luego el hombre hubiera sido hecho por las estrellas, y no las estrellas por el hombre. Mas esto cómo? No es hombre aquel, en cuya gracia ha criado Dios todo lo visible? No hay duda; pues es el hombre lo mejor que hay allí. Pues si las estrellas han sido hechas por el hombre, cómo ha de depender el hombre de las estrellas en las obras que hace? Quien no depende de otro en el sér, tampoco depende de él en el obrar, dice el Doctor Angélico (2), porque el obrar sigue en todo la condicion del sér.

Mas para qué nos cansamos en esto? No experimenta qualquiera en sí, que la razon domina al cuerpo, y que el cuerpo no domina á la razon? Por mas que la hambre me estimule, si yo me resuelvo á anteponer el deleyte estable de la templanza al deleyte de los manjares, que es tan fugitivo, mi mano no se extiende á tomarlos de alguna mesa muy regalada que esté presente. Si me solicita el apetito inferior, no me violenta; y yo tengo la gloria de levantarme ayuno de aquel convite, que le diera pasto tan agradable á la gula: luego la mente manda al cuerpo, y no el cuerpo á la mente. De donde para concluir, aunque el hombre no tenga

Parte I.

Cc

po-

(1) Arist. lib. 2. Phys. text. 24. (2) Contra Gent. lib. 2. cap. 84.

potestad sobre los Cielos, porque no los puede revolver á su antojo, no por eso les está sujeto en alguna accion; mas es señor de sí, y tiene en la mano las riendas de su querer, sin que todos los movimientos tan rápidos de las esferas le puedan violentar á que dé un paso, si no quiere.

Ni haya quien diga, que no á los cuerpos celestiales, sino á las inteligencias movedoras de esos cuerpos está sujeto el hombre; porque las inteligencias para mover al hombre no se pueden valer de todo instrumento, aunque sea improporcionado. Como no puede el Escultor hacer su estãta con el pincel, y como tampoco puede el Pintor hacer su quadro con el cìncel; así las inteligencias no pueden mover jamás el albedrío del hombre con los giros de cuerpo alguno. Es menester que le muevan, representándole á la mente el bien que le redundan de tal obra, que es lo mismo que decir: es menester que le muevan, á modo de quien aconseja y de quien esfuerza; pero no á modo de quien pone en cadenas. Mas esto no tiene que ver con el caso presente, porque los consejos y los alientos dexan al hombre indiferente para admitirlos y para rechazarlos; y por eso por los giros del Cielo jamás será posible antever de él lo que ha de hacer.

Mas quanto se ha discurrido hasta ahora sirve para probar, que las estrellas no tienen que hacer con las suertes humanas, como causas directas (según las veneraban los antiguos, hasta adorarlas por eso como á Nùmenes); pero no sirve para probar, que no tienen por lo menos que hacer con ellas, como causas indirectas; que es el alcãzar en que los Astrologos modernos se hacen fuertes, afirmando mas cautos, si no mas castos, que los Cielos no influyen en el ánimo de los mortales del primer salto, sino de rebote; en quanto alterando los órganos de las potencias sensitivas, el temperamento, los humores, las flemas,

y

y las calidades, que tanto ha menester para obrar, pueden hacer que obre de un modo mas que de otro. Y hasta aquí dicen bien: mas con esto confiesan juntamente, que no saben ni pueden saber nada de quanto pronostican acerca del tiempo de la vida y de la muerte del hombre, acerca de las riquezas y de la pobreza, acerca de las prosperidades y de las desgracias, que son todo aquel fondo sobre que labran los recamados de sus burlas. Y para ver que esto es verdad, observad, que si en la Astrologia hay algo sólido es este discurso. El temperamento del hombre depende de las estrellas; su natural, sus inclinaciones y sus costumbres dependen de su temperamento: luego tambien su natural, sus inclinaciones y sus costumbres dependen de las estrellas. Indirectamente así es; mas sin embargo no quanto es bastante para formar un juicio recto: ahora este discurso es todo falaz. Pues si bambanea tan fuertemente la primera piedra, qué será de la máquina que se levanta sobre ella?

El temperamento de nuestro cuerpo depende verdaderamente de los Cielos, pero no en todo: depende en una pequeñísima parte. Y siendo así, qué aprovecha que el niño quando nace tenga un ascendiente feliz de prometedores de la vida y de significadores, si entretanto su padre tenia débiles fuerzas para engendrarle? En este caso será tambien débil el feto; y á pesar de todas las constelaciones propicias alcanzará una vida achacosa y corta, porque le faltó buena virtud formativa. Y aun quando la hubiera encontrado buena en su concepcion, si la madre floca no le hubiere suministrado dentro del vientre mas que un alimento escaso y de mala calidad, lo suplirán por ventura las estrellas con otra tanta ambrosia que le envíen de lo alto? Y despues de eso, qué efectos no experimenta una madre preñada perjudicial á lo que lleva? Hasta una vela mal apagada ha

Cc 2

mos-

mostrado tal vez con su mal olor, que puede mas para dar muerte á la criatura, que por eso se aborta, que pudiesen todas las luces encendidas en el Cielo por ella para conservarla en la vida (1).

Mas ca, salga á luz el niño debaxo del mas afortunado oróscopo para darle buen temperamento: si se encuentran con un ama poco á propósito para cooperar con ellas, veo á las estrellas en un laberinto grandísimo sin hilo para llegar á mantener lo que prometieron. Porque todos los Filósofos y todos los Médicos concuerdan en que la leche de la muger que cria, jóven ó vieja, robusta ó macilenta, varía notablemente el temperamento; y en que la leche congénita de la madre es siempre mejor para la criatura, que la de otra extraña: la qual, quando se admite, quieren que sea escogida aun de costumbres; pues las Historias Romanas hasta ahora lloran á su Rómulo, á quien dió el pecho una loba cruel; á un Cómodo y á un Caligula, que mamaron mas sangre que leche; y finalmente á un Tiberio, criado por una ama destempladísima.

Destetado despues el niño, veis aquí que se comienza á nutrir con manjares sólidos, y que con eso crece el empeño de las estrellas, y la imposibilidad de mantenerse verídicas, aunque quieran; porque quién no sabe cuánto puede en nuestro cuerpo la calidad del alimento de cada día? Basta leer los tratados que sobre esto han dexado los mas famosos Médicos, tan bienhechores del Género Humano, como traidores los Astrologos. Hasta los Poëtas entendieron esta verdad: de donde es que Homero, formando en su Aquiles la idea de un héroe magnánimo, le fingió criado con médulas de leones, para figurarle robusto, así de fuerzas, como de corazon. Haced, pues, que el rapacillo, mirado tan benignamente de

(1) Plin. lib. 7. cap. 4. *El rapacillo sup. ó á estado*

las lumbreras celestiales en su nacimiento, se dé luego por presa á los banquetes, á las huelgas, y á la destemplanza, con qué estambre las estrellas de su nacimiento le podrán alargar la vida? *A mas mató la gula que la espada.* Y decid otro tanto, si nace en un lugar de ayre mal sano, ó va á morar por accidente en valles pantanosos, húmedos, de vapores malignos, y no dominados de vientos mas que nocivos, vencerán las estrellas la calidad de aquel suelo infausto? Y finalmente, si caido enfermo por causa de sus desórdenes, encuentra con uno de aquellos Médicos, que se hacen pagar para matar, con qué escudo le defenderán de este golpe los planetas prometedores?

Diréis quizá, que si nació debaxo de buen ascendiente, no ha de tener aquellos encuentros siniestros, que yo he insinuado. Mas por qué no los ha de tener? Por qué las estrellas que le tomaron á su cargo por ventura le han de retirar de ellos, como protectoras amorosas? Pero esto fuera mas que hacerlas obrar, como causas particulares y parciales, infuidoras en solo el temperamento: fuera hacerlas obrar, como causas universallísimas, y aun vivas con vista, y llenas en sí de perfecta divinidad, que dispusiera de tantas y tan varias criaturas con suprema autoridad, para llegar al fin pretendido. Y demas de eso, si las estrellas no pueden proveer á su querida hechura de Médico excelente quando se halle en peligro de muerte, cómo podrán, aun quando no ha nacido, proveerle de perfectísimos padres, si nadie puede alcanzar los padres mas que naciendo? No veis vosotros que estas son locuras muy dignas de contarse para reir en las conversaciones? Para querer, pues, que pueda el Astrólogo hacernos promesa de larga vida, en nombre de las estrellas que considera en nuestro nacimiento, será menester lo primero, que conozca muy bien el temperamento de los que nos

engendraron, y despues que de aquellas estrellas mis-
mas sepa uno á uno los innumerables casos que in-
fluyendo mas de cerca en nuestro temperamento,
tendrán siempre sumo poder para quebrantar y re-
batar aquellos influxos, que desde tan léjos nos en-
vian las constelaciones, celestiales para nuestro pro-
vecho. Mas quién puede contar estos casos, si co-
mo innumerables los ignoran todos los demas en-
tendimientos distintos del divino? Ni aun los Ange-
les, motores de las estrellas, los podrian referir, si
se los preguntaran.

Lo cierto es que Sixto de Eminga, despues de
haber consumido poco ménos que todos sus dias en
esta escuela de los planetas, confesó que los Astró-
logos, por mas estudio que hagan sobre el oroscopo
de un niño que nace, no podrán jamas saber de so-
las las estrellas, si nació vivo, ó nació muerto. Juz-
gad, pues, si podrán saber (como se factan vana-
mente que pueden) si ha de vivir mucho, ó ha de
vivir poco! Y por ventura esta experiencia no se
ha hecho ya mas de una vez con gran risa, pidiendo
el nacimiento de un niño muerto, como si estuviera
aun vivo, y recibéndole todavia del Astrólogo, fe-
licísimo?

Agrádame referir una burla (1) aun mas graciosa,
que un Príncipe Italiano hizo de tan vana ciencia,
para escarnecer, como le parecia justo, un engaño
con otro. Este, avisado del nacimiento de un mulo
en sus caballerizas, le hizo dar al Astrólogo el pun-
to exácto debaxo del nombre de un bastardo que
habia nacido en Palacio. El Astrólogo ignorante del
caso, habiéndose puesto muy despacio á estudiar so-
bre aquel oroscopo, con la esperanza de conseguir
tanto mayor ventaja para su fortuna, quanto mas
adivinase para la agena, halló luego en el Cielo dos

lum-

(1) Refert Millet. prop. 19.

Jumbreras en signos masculinos, asistidos de cinco
planetas de la mañana mirando al Sol, y de la tarde
mirando á la Luna; y concluyó, que el Cielo jamas
podia estar mas hermoso (1); y que por eso, no pu-
diendo aquel niño ser Rey, como de todos modos
lo queria Tolomeo debaxo de aquellos aspectos, era
precisamente necesario que fuese sublimado á las pri-
meras Dignidades aun sagradas, de que su nacimien-
to fuese capaz. Estos fueron los vaticinios, que traí-
dos al Príncipe, y léidos por él públicamente á sus
Caballeros, le llenaron tanto de rubor el semblan-
te á aquel valiente hombre, quando creía que le ha-
bian de llenar las manos de oro. Entretanto será me-
nester decir, que si las estrellas envian sobre todos
los vivientes los mismos rayos, una bestia, nacida
debaxo de los mas favorables que hay, debía andar
por lo ménos libre de toda carga toda su vida, ó
que si hubiese de llevar alguna, como las otras, de-
bia tan solamente, qual mulo ilustre, baxar los hom-
bros á alguna litéra Real.

No es despues ménos falsa la otra proposicion,
sobre que estiba la Astrología judiciaria para tener-
se en pie, y es, que las voluntades de los hombres
siguen por la mayor parte el temperamento de los
cuerpos, subordinado á las estrellas: de donde es,
que por él se puede verisimilmente conjeturar lo que
han de querer. Si, si ninguna otra cosa se opusiera á
esta conjetura: pues quanto importa lo primero pa-
ra variar el natural, la inclinación, las costumbres,
la buena ó mala educacion que se tiene? Sobre esto
se funda principalmente la estimación, en que todas
las gentes han tenido siempre la nobleza del nacimien-
to: sobre la prestuncion que trae consigo de que se
junta con educacion mas honrada, atendiendo á los
estimulos que demas de eso le aplican al lado las

ope-

(1) Lib. 4. de Judic. cap. 3.

operaciones de los mayores; en cuya virtud, como á generoso Caballero, se le dobla la necesidad de ir mas resuelta á la cumbre de la gloria. De donde en órden á esta crianza (tenida de los Legisladores por la basa principal de la felicidad humana) qué parte tienen las estrellas? Si no queremos desirar, ninguna; pues esto no depende de alguna calidad corporea, á que solo puede extenderse la eficiencia de los Cielos. Tanto mas que esta misma educacion recibe grandes ventajas y grandes variedades del gobierno de los que dominan, de las penas, de los premios, y de las leyes que conservan en su vigor. Queremos creer que las estrellas influyeron de diferente modo en Atenas, en Sibari, en Esparta, situadas en distancia nada considerable quanto á los astros? Y sin embargo los Atenienses eran tan ingeniosos de espíritu, los Sibaritas tan afeminados, los Espartanos tan fuertes. La diversidad, pues, no provenia del Cielo, sino del gobierno. Aquel perro de muestra de buena casta, que si desde pequeño hubiera sido enseñado á ladrar al rededor de la piel muerta de un oso, tuviera ánimo para desafiar las fieras aun vivas en sus grutas; porque al contrario fué enseñado en la cocina por un galopin perezosillo á echarse en la ceniza, apenas le mira de lejos quando huye para ponerse en salvo.

De la misma manera, el vivir en compañía de los malos, quién no sabe, por ventura tambien á su costa quanto perjudica á la sinceridad de las costumbres? Una cidra podrida es ménos hábil para pegar su mal á otra sana que cerca, que un mal compañero para comunicarle su enfermedad á otro bueno: *Tómense las costumbres de las personas con quien se trata*, decia Séneca; y como algunos vicios del cuerpo pasan á los que se han tocado, así el ánimo participa sus males á los cercanos (1).

Así

(1) Senec. de Ira, lib. 2. cap. 2.

Así tambien la reprehension interior de la conciencia quanto aprovecha para reducirse á la buena senda? quanto el aviso de un consejero fiel? quanto la ambicion de un cargo fructuoso? El temor de no arruinar á los hijos no es bastante para apartar de muchas venganzas aun al ánimo pronto para la ira? Quántos desordenes embaraza en las casas una muger discreta con la autoridad que le dan sus procederes? á quántos refrena la dignidad de su grado? á quántos detiene lo que dicen sus gentes? Y con esto qué tienen jamas que hacer las estrellas? Antes aprovechan tanto ménos que todo esto que no hay entre los sabios, quien las llame ya de buena gana á consulta sobre sus propios negocios, persuadiéndose á que los han de guiar mejor. En los matrimonios, en los cambios, en las compras, en los pleytos que se han de emprender, qué se hace? Se pesan las razones: no van de noche, ni aun los Astrólogos á preguntar á los planetas que se descubren.

Pero aun quando por vía de las estrellas se pudiera saber el temperamento de algun hombre (que no puede saberse), el querer sin embargo colegir demas de eso del temperamento las inclinaciones que tiene, y por las inclinaciones adivinar las operaciones libres que ha de hacer, es mucho mas temerario, que si entrando en las oficinas de Apeles quisieran otros adivinar las figuras que habia de formar sobre el lienzo que tenia alli prevenido. Porque al fin ni Apeles, ni Protógenes, ni Parrasio, ni Rafael, convenidos unos con otros, sabrán jamas revolver con tanta variedad, y mezclar sus colores, que no sea siempre mas varia la combinacion que puede hacer el albedrío humano de sus pensamientos en las resoluciones, á que se quiere pegate nos conatos, que se

§. III.

Replicarán los Astrologos, que no pronostican lo que absolutamente ha de suceder por las voluntades de los mortales, sino lo que sucediera, si las inclinaciones que imprimen las estrellas en el temperamento de los cuerpos no se turbáran. Hermosísima escapatoria. Mas si es así: luego pronostican lo que no saben, ni pueden saber si sucederá jamas; porque estas inclinaciones serán siempre variadas por las causas mencionadas arriba, que son inexcogitables, y para que no se varíen será menester encontrar un hombre que viva fuera del mundo, ó no entre en él jamas. Y si, como dice el Doctor Angélico (1), aquellas verdades contingentes que acaecen raras veces, nunca las puede saber algun hombre ántes que sucedan, será menester confesar, que la Astrologia judiciaria no es ciencia, sino embuste.

Y siendo así, no tiene duda, que para alcanzar las inclinaciones de los hombres (2) mucho mas habrán de aprovechar las reglas de la fisonomia, que se funda en el temperamento que ya ha labrado la naturaleza en el cuerpo humano; que las que da la Astrologia, que se funda en el temperamento que ha de labrar aún. Quien cuida de los perros, sabe reconocer por la vista qué perro es atrevido: el picador de los caballos sabe tambien determinar por la vista qué caballo es altivo. Así el Fisonomista sabe inferir por la vista, si el hombre es fuerte ó tímido, vergonzoso ó desvergonzado, humilde ó soberbio, ingenioso ó rudo; porqué conviniendo en aquellas señales todos los animales sujetos á tales afecciones, y no conviniendo en ellas alguno de los otros no sujetos, deduce con razon, que son señales para poder-

(1) S. Thom. 1. p. q. 57. art. 2. (2) Arist. Prior. lib. 2. cap. ult. Phison. cap. 1. &c.

derlas indicar igualmente en los hombres, animales tambien, aunque superiores á los demas por la razon. Y sin embargo por aquellas señales de fuerte, de tímido, de vergonzoso, de desvergonzado, de humilde, de soberbio, de ingenioso, de rudo, y aún ni por las inclinaciones ya comprobadas por esas señales se puede saber jamas, como Aristóteles lo afirma (1), si alguno es soldado, es músico, es médico, es arquitecto, y para añadir tambien eso, es Prelado de la Santa Iglesia. Como, pues, por las señales de aquellas inclinaciones, y aun por aquellas inclinaciones mismas se puede colegir que lo será? Y la razon fundamental es, porque para ser, pongo por exemplo, Prelado de la Santa Iglesia, no basta la inclinacion de la naturaleza dada al estudio, á la piedad, á la prudencia, á la rectitud; es menester demas de esto quien te enseñe, como conviene, quien te lleve, quien te promueva, y quien, á vista de mil competidores no ménos dignos que tú, te elija. Y esto se puede inferir de la inclinacion que en tí prevalece?

Divinamente enseñó Aristóteles (2), que es la fortuna, así próspera, como adversa, ignorada de todos los hombres, porque los efectos separados y desunidos á que se puede extender, no tienen fin; y lo infinito, como infinito, no habita en el entendimiento de algun mortal. Y sin embargo la fortuna, así próspera, como adversa, es la que se arrojan los Astrologos que han de poner á tormento entre sus sectas, para que les confiese todo quanto ha de hacer.

(1) Phison. cap. 2. n. 11. (2) Lib. 2. Phys. cap. 7. text. 53.

CAPITULO XXV.

La Astrologia judiciaria tampoco se puede fundar en la experiencia.

Las fieras mas maliciosas suelen hacer en sus cuevas dos bocas; las quales, si no son cerradas á un tiempo por los cazadores, es totalmente vana la caza. Por eso, despues de haberle cerrado á la Astrologia una puerta de su cueva, que es la razon ostentada torcidamente, es menester al instante cerrarle la otra, que es la experiencia: tanto mas que por ésta confia escaparse mejor la maliciosa, en pudiendo lograrlo.

§. I.

Es cosa indubitable (1), que qualquiera experiencia se consigue con la induccion de muchos casos particulares entre sí semejantes, que dan la regla universal, madre del arte; y la induccion, como lo enseña el Filosofo (2), requiere largo discurso de tiempo, que es la causa por donde estan privados de ella los jóvenes. Digan, pues, los Astrólogos qué experiencia es la suya de largo tiempo? Si se ha de dexar que caminen las fábulas, Tolomeo reduce las primeras experiencias de esta arte á los Caldeos, que acostumbraron vivir antiguamente en lo descubierto, para observar aun los pasos menores de las esferas. Mas los Caldeos solamente observaron los movimientos del Sol y los movimientos de la Luna, y atendieron muy poco á los de los otros planetas, como se collige de Hiparco (3), que despojó por sí todos sus archivos; y sin embargo formaron por mayor los Caldeos aquellas observaciones mismas, como sucede

en

(1) *Arist. Metaphys. lib. 1. cap. 1.* (2) *Ethic. lib. 6. cap. 8.* (3) *V. Cassand. tom. 1. lib. 6. cap. 1.*

en todos los principios de las artes, así porque no tenían mas instrumentos que broncos y malhechos, como porque los acomodaban mal á las medidas. De donde quien puede decir los errores que corrigieron en ellos, no solamente Tolomeo (1), mas todos los siguientes Astrónomos, que se tuvieron largas edades sobre las tablas que él formó mas distintamente para no irse á fondo?

Pero ni esas bastaron para preservarlos de un general naufragio; pues hasta el siglo pasado todos igualmente suponiendo que las esferas de los Cielos eran concéntricas, se arrimaron á un sistema convenido ya y condenado con evidencia por falso.

Y sin embargo hay mas. Porque nuestra edad, llevando la vista por medio del tubo óptico hasta las esferas mas altas, ha descubierto un nuevo Cielo, para decirlo así, dentro del Cielo antiguo: ha descubierto estrellas sin número, principalmente en la via láctea (que por la grande multitud que amontona no puede dexar de formar una constelacion mas activa que otra qualquiera): ha descubierto en los planetas mismos nuevas apariencias, nuevos compañeros, nuevos cursos jamas notados, que para variar los influxos buenos ó malos de los sobredichos planetas pueden seguramente mucho mas que el simple lugar, que solo consideraron los Astrólogos en sus calculaciones, ó por mejor decir, fingieron en un zodiaco artificial, qual es un zodiaco fuera del Cielo estrellado, y le ha descubierto sobre todo manchas grandísimas en la cara al Sol: por lo qual, aun quando las observaciones antiguas hubieran sido exactas, llegarán á perder infinito de autoridad; porque siendo estas manchas del Sol como nubes inmensas, reputada alguna igual á toda Europa, quien puede explicar quanto le minoran su eficacia á aquel gran-

(1) *V. Sext. Emp. lib. 2. in Mattb. cap. 21.*

grande cuerpo de fuego á que estan opuestas, alterando todos los efectos sublunares notabilísimamente? Y por eso (1) aquellos años, en que estas nubes se han visto mas desmedidas ó mas estables, ha gozado nuestro mundo inferior un verano mucho mas templado, estándose como á la sombra de aquellas vastísimas tiendas; como por el contrario, no habiéndosele visto mas en el rostro el Sol, despues de los cometas insignes, por algun tiempo semejantes manchas, han corrido mas encendidos los meses del Estío, y las estaciones mas secas. Ahora, no solamente los Astrólogos al principio no observaron nada de todo esto, pero ni en nuestros dias hablan, como debieran, despues que Galileo, el primer descubridor, no de una tierra incógnita, sino de un Cielo, traxo las nuevas. Pues qué experiencias son estas suyas? Primero es menester que se resuelva cómo estan las esferas, y despues fundar los discursos.

Pero lo bueno es, que notan todos los Astrólogos en los Caldeos graves deslumbramientos en quanto al sistema de los Cielos, y juntamente protestan, que no se quieren dividir de los Caldeos en sus reglas. Así lo hace el mismo Tolomeo: y Cardano (2), que se precia de haber levantado á la Astrología de sus ruinas con mayor gloria, que la que consiguió Fontana porque erigió el Obelisco tan hermoso del Vaticano, reconoce á Tolomeo por Príncipe de los Astrologos, y sin embargo, no solamente le atribuye deslumbramientos gravísimos sobre los movimientos del Sol y de la Luna, dos planetas los mas valientes para obrar, sino de quatro errores los mas solemnes en su profesion, que son: *Falsa razon, falso cómputo, falsa observacion, y falsa numeracion de los tiempos* (3): le declara con claridad reo de los

(1) *Blanc. in Spher. lib. 10. cap. 21.* (2) *Alex. de Ang. lib. 4. in Astr. q. 4.* (3) *Sect. 1. Apher. 71.*

dos últimos, como si los dos últimos no traxeran detras tambien los dos primeros. La misma honra le hace Julio Firmico, pronunciando que fué un descarado y un estólido: la misma á Albumasar, la misma á Albubater, y la misma á Bonato, sumos maestros: mas los que sucedieron despues á Cardano le tachan de que erró, como hombre atrevido, groseramente aún en los primeros principios. Y así léase Bellanzo, Pighio, Pontano, Nifo, Gáurico, Juntino, Vasio, ó quien se quisiere, no se hallará un Astrólogo que no condene á otro de ignorantísimo, de venal, de vano, de negligente. Pues adónde está la experiencia de tan gran arte, si no hay en ella á quien seguir con seguridad desde que nació (1)?

Fuera á lo ménos verdadero (2), que aquellas experiencias algo legítimas que se cogieron en lo pasado, se pudieran acomodar al tiempo presente. Mas no se puede, porque avanzándose las estrellas fixas con su movimiento propio del occidente al oriente hasta un grado en el espacio de setenta y dos años y quatro meses, se sigue, que tienen hoy en el Cielo un puesto muy diverso del que ocupaban en el tiempo de los primeros observadores de sus cursos; tanto, que la primera estrella de Aries, colocada en su cuerno derecho, estaba dos mil años ha en el primer grado del mismo Aries (3), y ahora está en el vigésimo nono; y lo mismo es de otras muchas. Por eso mudado el lugar de que los judicarios hacen tanto caso, se vienen á mudar las declinaciones y las alturas meridianas, y consiguientemente tambien los influxos, como se ve en el Sol, tan diferente en sus efectos, el verano que el invierno, por sola la diversidad de aquel puesto que tiene en el Cielo: de suerte, que no habiendo el octavo Cielo vuel-

(1) *Alex. de Ang. lib. 4. cap. 2.* (2) *Ricc. Almag. lib. 1. cap. 14.*

(3) *Alex. ab Alex. lib. 4. cap. 21.*

vuelto aún á la postura misma que tuvo al tiempo de sus primeros observadores, ni pudiendo volver, como se demuestra, sino al cabo por lo ménos de veinte mil años, qualquiera experiencia que traigan los modernos será una experiencia singular, y por eso no apta para que se merezca en el tribunal de la sabiduría mayor fé, que la que se merece en el tribunal de la justicia el testimonio de uno solo: *Un testigo ningun testigo*. Y esto supuesto, quién no ve por conclusion, que de muchas experiencias semejantes no han podido los Astrólogos sacar hasta ahora una regla universal, sobre que estar en sus nacimientos? Y si no tienen una regla universal, cómo le pueden dar nombre de arte á aquella profesion que hacen? Ella á lo mas es juego simple de fortuna, y no es induccion; pues no ha podido hasta ahora tener por su guía á la experiencia, sino á la casualidad solamente: *La experiencia hace al arte, la experiencia á la casualidad*.

§. II.

Y si no la ha podido tener hasta ahora, la podrá por ventura tener de aqui adelante? Esto es lo peor, que no podrá: de donde si la Astrologia no quiere andar á caza de la sombra propia, que quanto mas se sigue, tanto mas huye, mejor es que dexé la empresa.

Los movimientos de Mercurio y de Marte (1) (que en los teatros de los Genetlicos hacen los primeros papeles, como aquellos de quien dependen los negocios mas reelevantes de la paz y de la guerra) ni hasta ahora le son bien manifiestos á alguno, ni pueden serlo. Mercurio se aleja tan poco del Sol, que los mas valientes y los mas viejos Astrónomos apenas se podrán alabar de haberle visto en su vida
dos

(1) *Ricc. Almag. tom. 1. in Prefat. pag. 14.*

dos veces. Marte es tan extraño en sus viages, que le creyeron los antiguos, algunas veces, como desterrado de su patria; esto es, de su Cielo. Lo cierto es, que Ticon (el qual, en el contemplar las estrellas, parece una inteligencia terrena, emula de las celestiales que las gobiernan) afirma, que no se pueden, por via de las tablas usadas, saber las conjunciones de Marte con Saturno mas exáctamente, que con peligro de dar el espacio de tres ó quatro dias mas allá del verdadero (1). Y sin embargo, los Astrólogos señalan no solo el día y la hora, mas hasta el minuto preciso de esa conjuncion, para acomodar bien las cuspides de sus casas eclestes (como á uno de ellos se lo afeó el mismo Ticon), formándose los atrevidos el Cielo á su modo, como si nadie los hubiera jamas de reconvenir (2).

Estas mismas dificultades se encuentran, poco mas ó ménos, en distinguir los viages de los otros Planetas: de donde nace lo mucho que varían en sus efemérides los Astrónomos aun doctos: nace el no acertar puntualmente en las predicciones de los eclipses, en que muchas veces discuerdan sus tablas horas enteras: y nace la necesidad que ha habido perpetuamente de reformar á cada paso el Calendario, jamas bien firme. La inconstancia de los años es, la que ha traído esta necesidad, no se puede negar: mas la inconstancia de los años veis aqui de donde proviene: de no haberse jamas podido hasta ahora llegar al punto preciso del Equinocio de la Primavera, que es aquel de donde toma el año Astronómico su principio. Pues cómo se puede saber puntualmente la entrada que hace el Sol en los propios signos, cómo se podrá saber la que hacen en ellos los otros Planetas mas ocultos que él? Y si no se sabe esta entrada, sobre que establecerán los Astrólogos las experiencias

Part. I.

Ee

de

(1) *Lib. de nova stella.* (2) *Ibid. contra Appian.*

de sus soberbios anuncios? Podrá definir en qué grado, en qué particilla, en qué punto de algun signo se hallan los Planetas, el que no sabe quando fué su pasage preciso del uno al otro?

Diran que no hay necesidad de un conocimiento tan exacto de tales tiempos, y de tales transmigraciones; porque es bastante uno moral. Esta respuesta, que parece puntual para sustentar la fábrica, que ya se cae, es sin embargo cierto Ariete para acabarla de arruinar. Y que sea tal, se verá claramente.

Uno de los mas solemnes argumentos para descredito de esta arte, es el diversísimo fin que ordinariamente tienen dos hermanos de un vientre, que nacen en un tiempo (1). De este argumento se valió Tullio, con el exemplo de Proclo, y de Euristines, Señores de los Lacedemonios, iguales en el nacimiento, y desemejantísimos, así en la vida, como en la muerte: y mas agudamente se valió de él el Grande Agustino (2), con el exemplo de dos gemelos, aun diversos de sexo: el uno, que habiendo tomado muger, dexó su casa por ir á la guerra: la otra doncella, dada á guardar la casa. Luego si fuera verdadero aquello, que es el primer principio de los Genetliacos; esto es, que en el primer momento que sale la criatura fuera del vientre, las estrellas natalicias le imprimen sus influxos para todo el tiempo que ha de venir, como se imprime el sello en una cera: si fuera, digo, esto verdad, fuera necesario que dos gemelos tuvieran siempre, sin variedad, un mismo destino hasta el fin de la vida. Mas por la mayor parte sucede todo lo opuesto: luego es preciso, que sea falso el principio, en que los Genetliacos fundan las aventuras.

El escudo que ellos oponen á tan gran lanza, es el pensamiento que se le ofreció á Nigidio Figulo,

(1) Lib. 4. de Divin. (2) Lib. 5. de Civit. c. 6.

pensamiento que le causó tanto gusto por la invencion, que de él tomó hasta el nombre, como Scipion de la Africa debelada. Habiendo entrado Nigidio en la oficina de un Alfarero, al punto que el Alfarero revolvia mas fuertemente la rueda, la señaló dos veces con dos velocísimos rasgos de tinta negra que tenia en la mano; y habiéndola hecho despues detener, hizo que viesen, los que allí estaban, que aquellas dos señales, aunque impresas casi en un punto, estaban muy distantes la una de la otra, por la celeridad de la rueda en sus revoluciones. Así, digo, sucede al revolverse los Cielos, que son tanto mas rápidos. Aquel breve tiempo que se interpone al salir los dos gemelos á luz (aunque inmediatamente el uno despues del otro), es la causa de la diversidad, que despues se repara en sus vidas.

Ahora, para que se vea qué mal se valen los Genetliacos de esta rueda para su defensa, como de encantada rodela, respondan á Favorino, Filósofo, que les pregunta de esta manera en Gellio (1). Si un espacio tan breve, como es el que se interpone en el nacimiento de dos mellizos (2), es de tan alto relieve, que basta para colocarlos debaxo de hado tan diferente, cómo es posible que los Astrólogos puedan jamas saber, por las estrellas natalicias, los accidentes que ha de tener algun mortal, no pudiendo jamas saber ciertamente la postura de esas estrellas en el acto del nacimiento, el qual no puede suceder en tan breve espacio, que en mas breve no hayan ellas conseguido, corriendo mas que la rueda de qualquiera alfarero? Y mucho ménos pueden levantar la figura de dicho nacimiento, por la relacion que les dan los padres, las comadres, los Médicos, ó qualquier otro que asistió al parto: ni se puede jamas hacer diligencia, que baste, para hallar este momento fatal sin

Ec 2

tro-

(1) Gell. l. 4. c. 1. (2) Gemelos.

trocarse; principalmente en tanta disension de relojes; nunca concordés; y sin embargo, un momento que se tome por otro, aunque inmediato, hace tan grande diversidad! Así no entienden los Astrologos, que para un arquitecto de castillos en el ayre, no basta tener ingenio; se requiere memoria. Arriba decían ellos, que para sus axiomas no es necesario un conocimiento exactísimo de los minutos, y de los momentos, pues basta uno moral; y ahora dicen, que la diversidad de un momento solo causa efectos, tan contrarios en los mellizos, y no solo diversos: *Es menester que el mentiroso tenga memoria.* Si tuvieran esta memoria, es cierto, que no se atreverían á hacerles los oroscopos, no solo á los chiquillos, pero ni á las Ciudades. Y no ven quántos lustros son menester para ponerlas en pie? Y sin embargo, no temen formarles sus nacimientos, como antiguamente cierto Tarucio se le hizo á Roma, y como últimamente Cardano se le hizo á tantas de Italia, después de haber aprendido sus naturales, y sus instintos, para estar mas seguro de adivinarlos: *O fuerza máxima del error!* Decia por eso muy bien Tulio, montado en ira: *Tambien pertenecia por ventura á la eficacia de las estrellas el día natal de la Ciudad? Haz que sirva en un niño, de que afecion del Cielo sacó el primer espíritu. Por ventura podrá tener esto lugar en el ladrillo y el cimiento, de que se fabricó la Ciudad de Roma (1)?*

§. III.

Mas pues que todo su saber se funda sobre la experiencia, digan demas de esto: que experiencia los guía para arguir el tenor de la vida, y el tenor de la muerte, de solo el punto del nacimiento; haciéndonos ver la experiencia al contrario, que muchísimos habiendo entrado en el mundo debaxo de oros-

(1) Lib. 2. de Divi.

copos diversísimos, salen de él, sin embargo, con el mismo fin? Explicárme. Mueren cada dia dos hombres: el uno en agua, el otro con espada. Si consultais á los Astrologos (tan felices en hallar lo que fué, como infelices en decir lo que ha de ser), hallarán luego de donde viene. Quien naufragó, dicen, tuvo por suerte al nacer el jarro de Aquario por ascendiente; y quien murió herido en batalla, tuvo por suerte la punta agudísima de la flecha de Sagitario (1). Detenga la risa, quien puede, y pase á preguntar. Es cierto, que son poquísimos, en los Astrologos, los aspectos significadores de muerte en guerra, ó de muerte en agua. Supuesto esto: quando en el siglo pasado la Armada Christiana, rompiendo la Turca de Selim II., tiñó la mar de sangre Mahometana, y llenó las playas vastísimas de cadáveres, habemos de creer, que todos aquellos moros que perecieron con acero, fueron heridos al nacer con la punta de la saeta de Sagitario; y todos los ahogados en las ondas, nacieron con la luna en la cabeza de Aquario? No se puede decir que sí; porque en tantos nacimientos diferentísimos, fuera necedad quererlo afirmar. Luego diversos oroscopos, al nacer, llevan á un mismo término al morir.

Mas para defender una falsedad menor con otra mayor, sueñan ciertas revoluciones universales, que tirando detras de sí con violencia los oroscopos particulares, desconciertan su curso, como lo haria con una nave bien encaminada del viento en popa un torbellino repentino é impetuoso, acometiéndola por un lado. Y estas universales revoluciones traen á tantos juntos, segun dicen, á perecer con naufragio, con fuego, con hierro, y con otras desgracias indebidas. Pero si las estrellas no son, ni signos, ni causas de los efectos libres, ó casuales, como lo habemos visto,

(1) V. Millet. tom. 3. Curs. Mat. de Astrol. prop. 9.

mas á lo sumo, influyen en solo el temperamento para formar un natural, ó una inclinacion ántes que otra; con qué palancas vuelven las cosas de abaxo arriba en estas universales ruinas? Donde se imprimieron entonces aquellas influéncias tan malignas para el nombre Otomano? En el mar, que habia nacido ya seis mil años ántes? en las embarcaciones? en los arcabuces? en las lanzas? en las espadas? en las saetas? en las municiones? Digase, en qué? Además, que quando á respuesta tan caprichosa se le dé el pasaporte no merecido: luego se sigue, que no pueden jamas los Astrólogos predecir cosa acerca de la vida, y de la muerte de los hombres, porque siempre quedará que dudar de algun abatimiento de las estrellas no previsto, que corte por enmedio la tela comenzada de los sucesos privados, con ocasion de algun desgarró solemne que traigan á los públicos tales revoluciones. Y sin embargo, hay mas aún.

Porque, sobre qué experiencia se fundará el querer medir la eficiencia de las estrellas por el punto en que el niño nace, ántes que por el punto en que fué concebido? Así como la segunda digestion, segun el adagio comun, no enmienda la primera, así los influxos maléficós, probados en la suerte del feto en su concepcion, no los pueden enmendar ya los beneficios de su nacimiento: sino queremos decir, que quando sale á luz, muda constitucion: lo qual será, como decir, que el quadro al sacarse de las oficinas, en que fué hecho, muda en un punto el colorido, la disposicion, el dibujo, porque sale á ser visto. Responden, que el cuerpecito del niño por su grande delicadeza está dispuesto para recibir las impresiones del ambiente exterior, que luego encuentra: á la manera de una espada encendida que se templá con variedad, segun la variedad del agua en que la meten. Bien. Pero no era tan tierno en el vientre de su madre? Pues por qué entonces las estrellas no tuvieron

igual

igual fuerza de templarle con sus influxos? Por ventura, por qué estaba en él encerrado? Si así es: luego será menester, al nacer el niño, ahora abrir las ventanas, ahora cerrarlas, segun los varios aspectos, ó faustos, ó fatales, que predominen mas. Pero qué neceidades son estas? No vemos que, por mas que se encierre un enfermo, ó que se repare, aun siente vivamente entre sus dobladas cubiertas las mutaciones de los tiempos; siente el menguar, y el crecer de la luna; y siente los eclipses? Cómo, pues, ha de estar impenetrable el feto en el vientre de la madre, como si para detener influxos celestes fuera mas poderoso aquel reparo delicado de carne, que el solido de las paredes, y de las colgaduras donde está el enfermo? Luego hay necesidad de considerar sobre todo este punto, que ahora se decia, de la concepcion. Y sin embargo, quién jamas lo sabrá? Replificarán, que lo arguirán desde el nacimiento (1). Mas lo replicarán á los indoctos, no lo dirán á Hipócrates, que enseña, que una muger se puede engañar aun un mes acerca del día en que concibe: demas que hay muchos accidentes inexcogitables que pueden acelerar el parto muchos días, ó pueden retardarle. De suerte, que aun quando el punto del nacimiento se pudiera señalar fixamente (que no se puede, por las razones traídas ántes) ménos, que él se pudiera inferir el de la concepcion con acierto. Esto supuesto, qué se ha de hacer? Aquí no hay escapatoria. Todas las de que se valen los Genetliacos para fundar en el punto de la concepcion sus juicios (demás de ser dignas de risa, como sabiamente lo juzga Pico Mirandulano por otros capitulos), son tambien necias, porque buscan una cosa no conocida, qual es la futura suerte del hombre, guiados de otra desconocidísima, qual es este punto ahora dicho: *Lo desconocido, por*

lo

(1) *Lib. de Natura puer.*

lo mas desconocido; y se valen para darnos luz de una hacha apagada, que dobla las tinieblas con su humo. Por eso vuelvo á decir otra vez: ¿dónde está la experiencia tan exáltada? Quanto los Astrólogos pueden predecir de la vida de un hombre, depende, segun sus aforismos mas autorizados, de la fuerza de las estrellas en el instante en que fué concebido: pues como lo confiesa Ptolomeo (1), las estrellas natalicias no mudan la constitucion del hombre, mas prosiguen labrándola. Ahora, este instante de la concepcion ha sido siempre oculto á todos los ojos mortales, y siempre lo será. Quién puede, pues, fundar sobre él alguna experiencia que no sea fabulosa?

Pasemos adelante. Qué experiencia les ha enseñado, ó les podrá enseñar á atribuir á las estrellas, á atribuir á los signos una multitud de efectos, que manifestamente se le deben al Sol? Veis aquí un claro exemplo. Atribuyen los calores excesivos de Agosto al signo de Leon, y á la Estrella del Can, unida á ese signo. Y sin embargo, nada ménos. Porque aquellas llamas, que nosotros experimentamos quando el Sol está en Leon, las experimentan los Antípodas, quando el Sol está en Aquario: y nuestro Agosto es su Enero: y nuestro Enero su Agosto: trocándose entre ellos y nosotros totalmente las alturas meridianas del Sol, de las cuales proviene el Verano (2). De aquí, si el mundo prosigue viviendo aun diez mil años, el Can se adelantará á hacer en el corazon de Enero. Queremos, pues, creer, que entonces el Enero ha de ser tan ardiente, como es ahora el Agosto en los dias caniculares, porque el Can es fogoso por su naturaleza? Y sin embargo; así aconteciera, si fuera verdadera aquella distribucion que hacen los Astrólogos de signos igneos, y de estrellas que arrojan fuego. Qué duda hay, pues, de que in-

jus-

(1) Lib. 3. c. 2. (2) De Medicinâ.

justísimamente les atribuyen á las estrellas, como parto supositicio, lo que es del Sol, y de que por eso han de ser muy mofados, quando por la conjuncion de los Planetas en estos signos igneos pronostican incendios tan espantosos?

Pero no es cierto, que esos signos son del todo fantásticos? Pues cómo un puro nombre ha de tener fuerza de obrar las mas extrañas cosas del mundo? Y sin embargo; ello es así. Distinguen los Genetliacos, lo primero, el Cielo en doce partes, y las dan el nombre de casas, en las cuales reconocen despues tanta fuerza, que un Planeta bueno en una casa mala se hace dañoso; y un Planeta malo en una casa buena se hace propicio; como si qualquiera Planeta fuera como el durazno, que plantado en Persia es veneno, y trasplantado á Italia se da por manjar: *Perdió trasladado el veneno* (1). La primera casa, situada al oriente, dicen que es de la vida (2): y porque despues de la vida ninguna cosa se ama mas que la hacienda, dan la segunda á la ganancia; y porque la hacienda trae los amigos en abundancia, dan la tercera á los amigos; y porque la quarta está en el puesto mas principal, que se llama baxo Cielo, dan la quarta á los padres, al patrimonio, y á todo lo que proviene felizmente por la herencia: y porque por ésta suelen estar bien los hijos, dan la quinta á los hijos, intitulándola buena ventura, que promete aquí Venus: y porque en la sexta, fingida sobre el occidente, descubren á Marte, dan la sexta á la fortuna siniestra, haciendo que signifique los siervos, y las siervas, y las caídas tan horrosas para los cortesanos: y porque despues de los desiguales, se siguen bien los iguales, dan la séptima á las bodas, donde se acaba la igualdad. La octava, guía de un maléfico.

Parte I.

Ff

fi.

(1) V. Millet, tom. 3. curs. Math. prop. 4. Astr. (2) Al. de Ang. l. 4. c. 19. B. l. 4. c. 16.

fico rayo no aguardado, se atribuye á la muerte, que ya está amenazando. La nona, á la piedad, porque aquel lugar, segun ellos, está cercano al sumo Cielo. La décima, á las honras, porque está en el medio. La undécima, al genio bueno, porque allí se halla Júpiter. La duodécima, finalmente, al malo, porque así les agrada, que es tambien la razon verdadera de todo lo demas. Habeis jamas leido ú oido gitanería mas delectable? Verdaderamente que no son menester catapultas, quando se trata de derribar tales casas, fundadas en el ayre. Con todo eso, preguntadles lo primero á los Astrólogos, por qué reparten el Cielo en doce casas y no mas? No tienen que responder, por ser la division totalmente arbitraria (1). Los agoreros antiguos las repartian en diez y seis. Por lo que á mí me toca, yo quisiera reducir todas estas casas á solos dos alojamientos, y aposentar en uno á la temeridad de quien propone estas niñerías como misterios; y en otro la ligereza de quien las cree.

Demas de esto, no solo desconviene los Astrólogos en esta particion de los agoreros; mas ni aun convienen bien entre sí; porque algunos en el dibujo de estas casas siguen la arquitectura de Ptolomeo, otros la de los Arabes, otros la de Alquibicio, otros la de Cardano, otros la de Monteregio (2): de donde se sigue, que teniendo cada uno de ellos una vara diversa para medirlas en la asignacion de los confines, aquel Planeta que ha de estar alvergado en la undécima casa, segun un orden, y ha de significar buenos amigos, se ha de alvergar, segun otro, en la duodécima, y ha de significar cautiverio.

Y despues, qué son estas casas celestes? Son por ventura palacios encantados? Son otras tantas partes del Cielo totalmente homogéneas; esto es, cada una de la misma calidad, pura, pura, de que son las otras.

Aho-

(1) *Tull. de Divin. l. 2. (2) Ap. Riccioli. Almog. l. 2. c. 34.*

Ahora, pues, como la quinta casa se ha de juzgar de la buena fortuna, y por eso ha de estar colmada de placeres, de convites, de conversaciones, de músicas, y de regalos: y la sexta, que es la contigua, ó que, para decirlo así, está pared enmedio, ha de recetar no otra cosa, que enfermedades, que tristezas, que adversidades? *Lo mismo perseverando, lo mismo siempre hace lo mismo.* Si los Astrólogos, pues, no quieren abusar indiscretamente de la credulidad popular, es menester que demuestren, cómo jamas de un cuerpo único y uniforme ha de provenir esta diversidad de influxos tan contrarios, que al mismo tiempo llueva sobre uno acónito, sobre otro ambrosia?

Decid lo mismo de los signos del Zodiaco, meros nombres, y meras particiones arbitrarias: y sin embargo, si se quisiera dar fe á las vanidades, estos son los primeros ministros en el gobierno de todas las cosas inferiores, pues quieren que la eficacia de las estrellas se promueva, se retenga, ó se mu- de tal vez en la contraria por el signo en que se halla cada Planeta. Digannos, pues, estos intérpretes de las cosas celestiales, qué es este Zodiaco tan misterioso por sus signos (1)? No es otra cosa que el sumo Cielo, dividido, no por la naturaleza que lo hizo todo de un modo, mas por la Astronomía que le ha repartido de esta suerte en tantas divisiones mentales para hablar con leyes. Pues cómo no se avergüenzan los Genetlicos de atribuir efectos tan diversos á aquella parte del mundo superior, que en sí no tiene alguna diversidad, por mínima que sea, mas solo la tiene tan grande en la fantasia de los mortales? Estas partes, que ni aun son partes reales, como lo son los miembros del hombre, mas un todo, siempre semejante á sí mismo por qualquier lado, como lo es un cristal; éstas, digo, se podrán dividir total-

FF2

men-

(1) *Alex. de Ang. l. 4. c. 25.*

mente, con llamarlas á unas machos, á otras hembras, á unas diurnas, á otras nocturnas, á unas lucidas, á otras tenebrosas, á unas fixas, á otras peregrinas; y estas mismas tendrán sobre los costumbres de los hombres, y sus fuertes tan diferente poder, que se pueda afirmar, lo que tan desecadamente escribe Cardano: *Si asiendo Aries, estará el que ha nacido en temor de muerte violenta; si Tauro, enfermará por luxuria; si Géminis, será solicitado para inquirir secretos; si Cáncer, será amante de las cosas públicas* (1). Hasta quando venderán los atrevidos los delirios á precio de oráculos, y los comprarán los locos?

Igual temeridad muestran estos falsarios en el determinar los efectos de las constelaciones ahora dichas, habiendo usurpado las fábulas de los Poetas por fondo, para labrarlos en el ayre los puntos de sus vaticinios mentirosos. Ay del parto, dice Cardano! á que sirven de ascendientes dos Planetas juntos en Piscis: nacerá mudo; como si las otras estrellas tuvieran voz para hacerse entender (2). Por qué no afirma, que quien naciere debaxo de Cáncer, tendrá al andar ocho piernas en vez de dos; y quatro, quien debaxo de Capricornio, ó debaxo del Centauro? Guardaos, dice en otra parte el mismo Autor, guardaos de tomar medicina quando la luna está en Tauro. Y por qué? Notese el ingenio profundo. Porque el estómago no la retendrá: mas como el toro despues de haber comido trae otra vez el manjar á la boca, y lo vuelve á rumiár; así tú te hallarás precisado á vomitar la bebida saludable con grande pena tuya. Mas poco á poco, que el toro trae el manjar á la boca, y no la medicina (3). Yo diré, pues, quando la luna está en Tauro, guardaos de tomar comida, porque la vomitareis: y no os guardéis ménos de tomarla quan-

(1) *Lib. de Revol. c. 11.* (2) *Alex. de Ang. l. 2. c. 10.* (3) *Alex. de Ang. l. 4. c. 25.*

do está en Aries, porque el carnero también rumia tanto como el toro. Veis aquí los axiomas de los Astrologos indiciarios: y segun éstos oireis, que la espiga en la mano de Virgo es fecunda de agricultores; que la lira produce músicos valentísimos; que la nave de Argos desembarca de lo alto Gobernadores de navios; que la corona les llueve diademas en la cabeza á los Reyes; que el Escorpion llena las casas que se fabrican debaxo de él de escorpiones, imposibles de desanidar, y otras insulseces semejantes; por lo qual es de grande admiracion, que los Astrologos, quando se encuentran por las calles, puedan jamas entré sí detener la risa, como Caton lo solia decir de los agoreros: *Dixo sazonadamente Caton, que se admiraba de que no se ríese un agorero, quando veia á otro* (1).

Por todas estas cosas, y por otras molestas de decirse, es manifesto, con quanto agravio presume la Astrologia compararse con la Medicina, llamándose tambien arte congetural. Qué arte congetural, si aun no merece el nombre de arte? Tan privada está de toda razon, y de toda experiencia. O si es arte, es arte de engañador, que despacha por oro fino, lo que no se puede vender ni por oropel; ó por mejor decir, es arte de embelecador, que vendiendo oro falso, recibe el verdadero, burlando á los credulos con una alquimia mas vana, pero mas gananciosa: *Hombrés recogedores de dinero por malos medios, y que buscan la comida y la ganancia con mentiras* (2). Ella es un agregado de fábulas, y de loctras, fundado todo en analogías pueriles; y de ningún precio: pues se sabe, que en el Cielo no hay, ni Toro, ni Leon, ni Lobo, ni Virgo, ni Escorpion, ni Sagitario, ni Piscis: mas cuerpos lucidísimos, intitulados de una manera de los Arabes, de otra de los Egiptios, de

(1) *Tull. l. 2. de Dicin.* (2) *Gell. l. 24. c. 1.*

otra de los Hebreos, y de otra de los Chinos (1). Y si los Griegos antiguos los llamaron con esos nombres (introducidos, como parece mas verisimil, parte por los pastores, parte por los pescadores, acostumbrados á pasar su vida en lo descubierto), no vino de otra cosa, que de su usada licencia poetica el levantar hasta las estrellas, no solamente á los héroes de su altiva nacion, mas hasta las bestias que se asemejaban por su figura á la situacion de los astros. Y sin embargo, los Astrólogos discurren sobre esto, como si aquellos nombres fueran una perfecta definicion de las cosas, errando mas groseramente, que quien á las antiguas pirámides de Egypto les hubiera atribuido virtud de abrasar todo el país, porque tenían no solo el nombre, mas tambien la figura de fuego.

En lo demas, quando á los Planetas se les quiere dar alguna virtud real de formar el temperamento, qué experiencia les ha persuadido, ó les podrá jamas persuadir á los Astrólogos un imposible; esto es, que un agente natural pueda mas desde lejos, que desde cerca, para ayudar á otro (á manera de fuego, que caliente mas á quien está distante de la chimenea, que á quien está junto á ella), ó pueda de la misma suerte mas de lejos, que de cerca, para hacerle oposicion, al modo de la rémora, que aun muchas millas distante de la nave, la detenga mas, que quando está asida á los lados? Y sin embargo, afirman esto libremente, diciendo, que los influxos de un Planeta no se aumentan con los influxos de otro, ni se minoran, quando ámbos estan en un mismo signo, mas solo quando ya separados por trechos inmensos de Cielos se miran frente á frente, ó se miran al traves: tanto, que segun quatro aspectos solos las estrellas se ayudan una á otra, ó se embarazan al obrar; y fue-

(1) Montan. in Astról. de victa, p. 38.

fuera de éstos estan ciegas para verse, y sordas para oirse (1).

Lo mismo se ha de decir del afirmar, que un Planeta en influir pasa de un extremo á otro opuestísimo, sin pasar por el medio. No le es esto totalmente imposible á la naturaleza? Y sin embargo, Júpiter, segun sus reglas, mientras está en el último grado, en el último minuto, en el último segundo para el signo de Géminis, se reputa que está en un signo enemigo y contrario, para decirlo así, de la mala conversacion de aquellos dos mellizos mal nacidos cinco grados de negra malignidad: y con todo eso, en el primer minuto del tiempo siguiente, pasando al primer principio del grado de Cáncer, Júpiter ya no vestido de luto, mas de fiesta, no ántes ha puesto el pie sobre aquel umbral afortunadísimo, quando se hace todo benéfico, y mira con quatro grados de copiosa liberalidad á todos los partos. Y esto no es mas, que querernos persuadir, que la tierra está hoy totalmente esteril, totalmente seca, como lo está en lo mas riguroso del invierno helado; y esta noche está totalmente risueña, y totalmente alegre, como lo está en la primavera? Quién puede oir estas cosas, sin moverse á compasion de la gente que nos las dice? Y sin embargo, la necia se dexa persuadir, que las conjunciones, las oposiciones, los sestiles, los hexágonos, los cuadrados, los trinos, los trigonos; esto es, ninguna otra cosa, que la mera correspondencia de los signos en una figura de seis lados, pongo por exemplo, mas que de quatro (correspondencia, que en otra parte nada obra físico en la naturaleza en bien ó en mal), solo en estos siete lucidos cuerpos tiene esta virtud, que ya les vierte en el seno á los hombres todas las venturas, y ya les abre á cada paso un precipicio debaxo de los pies, ó les erige un patibulo: tan-

(1) Alex. de Ang. l. 4. c. 30.

tanto mas, que en las líneas se entiende bien como llegan á constituir un cuadrado; esto es, una figura de quatro ángulos, ó para constituir un hexágono; esto es, una figura de seis; mas en cuerpos tanto número de veces mayores que la tierra, quién puede concebir estos puntos, para decirlo así, indivisibles, en que se acaben aquellos ángulos tan poderosos para obrar?

Contentaránse á lo ménos con afirmar, que para operaciones tan estupidas, como las que producen aquellos puntos, es menester mucho? No: todo se obra en un instante: mientras aquellas figuras se desvanecen en un punto con los giros velocísimos de las esferas. Y sin embargo, esto, que en un momento se obra, dura, segun ellos, toda la vida, como si las estrellas marcasen á los hombres á manera de potros, que llevan despues aquella señal contra su gusto, aun ya decrepitos.

Mas ya que no otra cosa, se contentarán con darnos á creer, que los Planetas son mas poderosos para influir quando estan sobre el horizonte, que quando debaxo? Ni aun esto consienten aquellos axiomas que lo refieren todo á solos los aspectos. Mas, ó buen Dios! No puede el Sol sensiblemente mas mil veces al doble en este baxo mundo que todos los otros Planetas? Y sin embargo, experimentamos todos, que quando está de día sobre el horizonte, calienta de diferente modo, que quando está debaxo del horizonte de noche. Pues qué experiencia les enseña á éstos que Mercurio, tan poco visible para observarse, y tan poco fuerte para obrar quando está sobre el horizonte, influye en el feto del mismo modo, que quando está debaxo? Una ligera nube quebranta los rayos del Sol, y todo lo material y mazizo del cuerpo de la tierra no le podrá quebrantar á una estrella el vigor, ni se le podrá debilitar? Esto es portarse mucho peor que los que escriben novelas, que sino nos cuentan

CO-

cosas verdaderas, nos las cuentan á lo ménos verisímiles. Por eso justamente Sixto de Heminga, nobilísimo Astrónomo de su tiempo, despues de haber confesado el estudio grande que habia puesto en la Astrología en sus años mas floridos, concluye al fin así: *Habiendo considerado con toda exacción esta materia, enseñado del largo uso y de la mucha experiencia, averigué, que la doctrina Astroológica, á que ántes primero que la conociese, habia favorecido ardentísimamente, es imposible, falsa, digna de ningun crédito, é inútil; porque los Genetliacos no tienen fundamentos algunos de razones, y profesan, que su arte consta de solas experiencias. Y ya expresamos, que tambien las experiencias se oponen á la Genetliaca. Resta que los libros de todos los Escritores, todos los órdenes de los hombres, las lenguas de todas las gentes hablen la vanidad de la Astrología.* (1). *Ille ab astivon*

est. quod si auctores sup. quoniam omnes definiti ad

est. quod si auctores sup. quoniam omnes definiti ad
 Mas qué? Es verdadero el dicho de San Ambrosio. La sabiduría de los Genetliacos consiste toda en urdir una grande tela de araña, que bien puede prender con seguridad qualquiera mosquita; mas no se puede alabar de haber detenido hasta ahora una águila. Qué quiero decir? Los celebros débiles, con facilidad se halla, que van perdidos detras de una ciencia tan vana. Pero qué entendimiento fuerte la ha apreciado jamas? Sócrates (2) la condenó como temeraria: Pitágoras y Platon, que en la Astronomía estudiaron tanto, no hicieron caso para el mundo de la Astrología: Aristoteles (3), aquel hombre tan prodigioso en dar la razon de todas las cosas, aun las mas escondidas, cuidó tan poco de ella, que ni

Parte I.

Gg

aun

(1) Sixt. ab Heminga in genit. Caroli R. apud Alex. de Ang. lib. 4. cap. 16. in fine. (2) Lib. 4. in Haman. (3) Apud Euseb. lib. 14. de prepar. Evang. cap. 4.

aun se dignó de hacer mencion en algun libro suyo, ó físico ó moral: Ciceron (1) se burló de ella prudentísimamente, á imitacion de aquellos hombres excelsos que alaba, los quales, con ser peritísimos de las estrellas, la escarnecieron: Hipócrates (2), Galeano, Avicena, Porfirio, Plotino, Teofrasto, que fueron los mas doctos de su siglo, es cierto que la tuvieron todos por vil, como lo han hecho concordermente despues los Astrónomos mas modernos, enriquecidos con el tiempo de mayor luz. Entre éstos puede Ticon (3) con seguridad valer por un exército; y sin embargo, despues de todas las experiencias, despreció á la Astrología, como vana, y á los Astrólogos, como á personas que desvarían. Tolomeo (4), que es el único que la profesó entre los hombres grandes, no la profesó por estimacion que tuviese de ella (pues en muchos lugares él tambien la derriba poco ménos que desde sus fundamentos): la profesó por necesidad; pues viendo la corta ganancia que sacaba de la Astronomía, en que era muy versado, se aplicó á la Astrología, queriendo, como lo dixo Queplero, que una hija necia, qual es la Astrología, alimentase á una madre sabia, qual es la Astronomía: madre, que la habia dado al mundo, como legitimo parto, no se puede negar; mas parto que degeneró poco á poco, quando de Astrología natural se desfiguró en Astrología judiciaria.

(1) Lib. 2. de Divin. (2) Perez in Gener. lib. 2. 3) Cassiodorus in vita. lib. 6. (4) Lib. 1. de Jullis. cap. 2. Centinoy sent. 1. & 3. Quadrup. lib. 3.

CAPITULO XXVI.

Respóndese á lo principal que traen los Genetliacos en defensa de su arte.

A un falsario contumaz, convencido y cogido con el hurto de la moneda que habia falseado en las manos, con gravísimo daño de la República, no se le haria alguna injuria quando se le negasen las defensas. Mas aunque es tal el estado de la Astrología judiciaria, segun el proceso que se le ha formado hasta ahora por tantos capítulos; con todo eso, así como sus profesores tienen entre los demas mentirosos esta ventaja, que quando á los otros por una mentira que dicen no se les cree despues alguna verdad, á ellos por una verdad se les creen despues infinitas mentiras; así presumen que tienen entre los otros reos este privilegio, que no se puede jamas dexar de escucharlos: de otra manera protestan luego de nulidad. Para que cesen, pues, los pleytos, oigámoslos tambien nosotros, ya que no de justicia, á lo ménos de cortesía. Y porque por vía de razon no pueden traer jamas algo en su favor propio, que no se haya impugnado ya claramente, démosles campo para que vayan por vía de hecho, no desdefiándonos de que formen una soberbia relacion de varias predicciones, famosas que han salido de ellos, y sin embargo se han verificado no ménos en la edad presente, que en las pasadas.

§. I.

Mas qué? No se niega que tal vez adivinan: se niega que adivinan por fuerza de arte; pues sus reglas tienen gritando contra sí, así la razon, como la experiencia y como la autoridad de todos los mayores hombres que ha habido en el mundo. Tam-